

ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:

Número suelto. € 0.30

Serie mensual (2 números) 0.60

Para el extranjero:

Número suelto. \$ 0.15

Serie semestral (12 números) 1.50

Se publica quincenalmente

DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA AL
APARTADO N° 1

La colaboración será solicitada

N° 8

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 1° DE NOVIEMBRE DE 1919

TOMO III

Crepúsculo Espirita

Mustio fugaz y tétrico amaranto!
Tu precoz primavera se ahogó un día
en la escarcha final. La negra Harpía
te vió y celosa te raptó a mi encanto...

Ante la escala de ultra-tumba, tanto
fué tu enagenamiento de agonía,
que en la ansiedad de tu sonrisa ardía
la misteriosa insinuación de un canto.

Soñé en la tarde—con molicie inerte—
darte mi único beso: el de la muerte...
Con trágicas fruiciones, paso a paso,
gusté en tus labios la fatal delicia,
mientras sensible a mi primer caricia,
se sonrojó tu alma en el Ocaso!

Julio Herrera y Reissig

Noviembre melancólico

Noviembre está lleno de una gris melancolía: bajo el cielo nivoso pasa una fugitiva bandada de golondrinas; al soplo frío de la ventisca helada caen mustios los últimos pétalos de los rosales; por los caminos largos y silenciosos ruedan las hojas amarillas, las hojas de los versos de otoño que cantan la vieja canción de las ilusiones muertas; se añora un amor que se fué, un beso ya olvidado, una rima triste; diluídas en el viento llegan las voces plañideras de una campana que reza por los que se fueron para siempre.

Noviembre es el poderoso señor de la Melancolía: el perfume de las últimas rosas de octubre se ha disipado lentamente, y tras de la vidriera, bordando su fantástico ensueño, hay unos ojos negros cargados de pena que miran a la calle fría, a la calle solitaria por la que pasa el viento arrastrando las hojas desprendidas.

Se evoca el recuerdo de la muchacha enferma: aquella historia lamentable de la virgen pálida a quien sorprendió la muerte en vana espera; quizá la pobre aun siga esperando en su lecho blanco y frío, envuelta en el lino del sudario como en un albo traje de desposada.

Noviembre es el poderoso señor de la Melancolía: la imaginación, en un peregrinaje triste, recorre las ciudades donde impera la muerte; en los bordes de las avenidas silenciosas, como extraños fantasmas envueltos en la neblina gris de la tarde, cabecean con pausa lenta los cipreses funerarios; hay en el ambiente un eco de elegía, una tristeza de melancólica olvidanza, una resignada soledad; entónces se piensa un poco en el supremo viaje que ha de emprenderse un día, dentro de una caja negra, con las manos cruzadas sobre el corazón dormido.

Joaquín Vargas Coto

Para llegar a la verdad es preciso, en un momento dado, desembarazarse de todas las opiniones recibidas y reconstruir de nuevo y desde los cimientos todos los sistemas.

Es preciso vivir porque nadie tiene derecho a sustraerse a los acontecimientos espirituales de las semanas frívolas; es preciso vivir porque no hay horas sin milagros íntimos.—MAETERLINK.

Palabras amigas

Dara Félix Montes C.
en el día de difuntos

Hoy es tu primer día de fiesta y en el doloroso regocijo de esta hora, quiero decirte unas cuantas palabras de cariño que han de llegar a tí por el hilo invisible de una oración. Sabrás acogerlas como venidas de una alma hermana que compartió contigo sus anhelos y sus dudas, sus abatimientos y sus esperanzas, en ratos de inefable cordialidad, cuando, huyendo del corrillo, nos paseábamos cogidos del brazo por los corredores de la escuela, o bien, cuando por alejarnos del bullicio de las calles, buscábamos el rincón sombreado de un parque, desde donde veíamos, por entre el verde oscuro de las hojas, el cielo azul y diáfano que pronto habría de ser tu refugio eterno.

Quién sabe si has venido a visitarnos, difundido en la luz misteriosa de los crepúsculos, en el vuelo alocado de las brisas mañaneras, en el aroma que llena los campos y que viene no se sabe de dónde! Nuestra alma, entonces, se habrá replegado en el instante de esa comunión insospechada, y convirtiendo los ojos al infinito, habremos pensado en el ausente con todo el fervor que merece tu recuerdo. Ah, buen amigo, yo no sé si te mueven a lástima estas pequeñas debilidades del corazón humano, pero es lo cierto que hoy no puedo menos que dejar la pluma obediente a la fuerza del sentimiento y los ojos dóciles al mandato de las lágrimas.

Tal como una vela impulsada por vientos de tempestad, se llena el pecho de amargos sollozos, y si es verdad que el dolor nos purifica, si a través de su llama nuestros pensamientos se depuran, poca falta me hace ahora que tu recuerdo embarga mi ánimo; porque si hubo un corazón noble que sólo palpitó al llamado de ideas generosas, fué el tuyo, colmado como estuvo siempre de bondad en su efímero vuelo por la tierra; lo imagino trocado en una inmensa rosa purpúrea: acaso sea una de las que adornan hoy el mármol de tu sepultura.

Julián Marchena

Había una vez un pastorcico...

Para el culto escritor don Ricardo Fernández Guardia

Maya era dulce como las ovejas que cuidaba.

En todo el poblado de Santa Lucía, no se vieron unos ojos más llenos de mansedumbre que aquellos suyos, apacibles y oscuros como dos pozos circuidos de hiedra.

Silenciosa, casi tímida, se la veía ahora en las tardes bajar por el collado, tras de su hato que se apretujaba en el camino gris.

Las mozas la veían pasar en comentarios: Sí,—decían unas— a Maya le ha cogido algún

mal. Desde que vino al pueblo el señor Manuel, para este verano, Maya anda otra. Está alucinada la pobre, decían las demás.

Y así las voces por todo el contorno seguían y se repetían las zagalas en lo mismo cuando bajaba ella por el camino gris, pensativa, tras de su rebaño blanco, como un ángel.

Pero Maya apenas si podía traerse con sus pensamientos y no reparaba el asombro de las gentes. Se inquietaba mucho la zagala



Silenciosa, casi tímida, se la veía ahora en las tardes bajar por el collado, tras de su hato, que se apretujaba en el camino gris...

por entonces con las cosas de su amo, el señor Manuel, que llegara hacía dos meses de la ciudad a pasar un tiempo en sus campos.

Callaba su pena la pobre pastorcica al amado y esa tarde, como otras, venía del Alto, en donde la esperaba siempre Lorenzo.

Ancho y atezado el rostro, viva la mirada, era garrido el mozo.

Maya tenía suspendida el alma de los ojos

de Lorenzo y era dulce aquel amor idílico, sentados en el prado, juntos pasando las manos por el vellón de alguna oveja tímida...

Cuando volvió ese día del aprisco, tarde ya, pensaba Maya decir a su madre el temor que la mordía. Y era extraño su silencio al volver, arrastrando su cayado por el camino sinuoso, desvaída y triste.

Esa misma noche, sentada cerca de su

madre, Maya aventuró con timidez su queja:

—No sé—decía vacilante—se me cala una idea, madre.

La buena vieja que jugaba con los pulgares sobre el regazo, acercó su butaca, diciendo sonreída:

—Cátame que el tal Lorenzo...

—No, madre—interrumpió Maya cariñosamente—si no es de Lorenzo. Es...

Y hacía pliegues en su ancha enagua a cuadros.

—Es que .. que debiera salirme del señor Manuel. Para lo poco que le gano lo buscara en otra parte. No sé...

La buena anciana la reconvinó severa:

—Qué hablas, hija! El señor Manuel que está para la casa tan abierto! No, hija! Por el tiempo que anduviste mal, bien se fijó en tus menesteres. Anda, que estás de mala gracia!

Levantóse nerviosa, se alejó rezongando, mientras movía extrañamente las manos.

Penosa, sin valor para insistir, Maya volvió el rostro hacia fuera, por el hueco del postigo, sobre el campo esfumado en la niebla, como si prendiera en la soledad el ruego triste de sus ojos...

* *

El señor Manuel era hijo único de la antigua familia Tejar y Dóñez, que bien hicieron gran fortuna en las haciendas y dejaron hondo el relieve de su nombradía. Y pues que estaban ancianos sus padres, el hijo Manuel cuidaba con esmero del viejo solar paterno, llevándose en todo caballero, leal y franco, como venía a gentes de su laya.

Educados en las Universidades al calor de su padre—viejo hidalgo castellano—y en familiar convivio de la vida del campo, era claro su saber, robusto su pensamiento, sano el corazón y el cuerpo.

Aprendió que los surcos se prodigan más que los hombres y que la sabiduría sencilla y honda de las cosas daba mejor rendimiento que la angustiosa de los laboratorios. Y vivía así, satisfecho, ya recogido en la casa solariega, cerca de sus padres cuando estaba en la ciudad, ya difundido en la belleza del campo, plácido y libre.

Sabía él que todo se daba allí, en ese rit-

mo constante de lo agreste, que su mundo era el mundo mejor y que sí en el cielo florecían como rosas las estrellas, en su predio reventaban como estrellas las rosas.

Hecha su mente para la soledad, gozábale su alma contemplativa viendo metido el universo en una gota de rocío.

Los trabajadores de «El Arrullo»—que así llamó el señor Manuel su finca—mirábanle con cariñoso respeto, que siendo el patrón severo, era de todos el amigo bueno.

Mas vino en esa sazón un rumor por todo el pueblo y el asombro corrió entre los vecinos de Santa Lucía.

* *

Una tarde como aquellas en que bebían amor mientras pacían en el prado los corderos, Lorenzo quiso saber la verdad del rumor que andaba por el pueblo. Maya se lo callaba miedosa y cauta. Mas él la inquiría fervoroso, y al cabo, fijos los grandes ojos en el suelo, con una suave emoción en la voz, confesó vacilante:

—En verdad, Lorenzo, que sí es. El señor Manuel me trata como a señorita. Así—tome de verlo así, y en veces huyo. Así—dome por las manos sin yo quererlo, me dice cosas raras; y yo pensara en su bien porque me habla bueno, pero siendo yo una zagaleja como soy, no ha de ser, no ha de ser con la pobre pastorcica que te quiere a tí, Lorenzo.

Los ojos de Maya, suplicantes, buscaron los de Lorenzo que estaba pálido, asombrado el gesto.

—Y no lo contabas, Maya,—balbuceó el mozo con pena. Mal se ve que andabas. Pero... el señor Manuel! El señor Manuel!...

Se le encendían los ojos y se le tornaba el gesto en enojo. Hubo un silencio de rubor o de miedo, que Lorenzo rompió de pronto:

—Adiós, Maya, tus corderos te cuiden y el señor Manuel te quiera. Te daba yo lo mío tan así, tan pobruco, y no me cataba de tu mal, Maya. Pero, el señor Manuel! El señor Manuel!...

—Lorenzo,—gritó Maya asustada,—y le estrechó, llorando sin hablar, aquellas manos fuertes y toscas.

Y sin mirarla, contraído el rostro extrañamente, casi con violencia se deshizo de ella y fué solo por el camino gris, por donde antes pasara la zagala dulce, al geórgico son de las esquilas...

* * *

Siguió Lorenzo sin mirar el camino, mascullando palabras, como un noctámbulo. Iba hacia la casa del señor Manuel, en El Arrullo, fijo en su idea. Llegado a la casa, abrió la verja violentamente, preguntó por el amo a una rapaza que estaba por allí y sin esperar razón entróse resuelto a la oficina.

No vió al señor Manuel Lorenzo, y se detuvo, jadeante y nervioso en medio del despacho. Como no llegara, sentóse junto al escritorio, haciendo girar continuamente el ancho y sucio sombrero entre las manos. Encontraron sus ojos inquietos una carta abierta y como viera de pronto el nombre de Maya entre las líneas, se arrojó sobre ella igual que una fiera lo hiciera con su presa. Era de los padres del señor Manuel la carta y en ella hablábanle con ruegos, porque ya sabían de una Maya, zagala ella, por quien decían en el pueblo que llevaba perdido el seso el señor Manuel; le rogaban que se volviera a su serenidad, por el amor de sus padres, por el bienestar de su familia, por el dolor que tendría Isabel, su novia de siempre, por su honor de caballero y por todo, todo lo que se perdería sin decoro, inútilmente, tontamente; que conservara aquello que habían creado sus mayores: fortuna y prestigio.

De esa suerte continuaba la carta, y se vertía en ella el gran dolor de los viejos padres cariñosos.

Lorenzo temblaba con el pliego y releíalo azogado.

Súbito pensó la verdad, vió su gran corazón perdido, perdido por el otro en buena lid, y salió, baja la cabeza, como si le pesara mucho el dolor sobre sus hombros.

Antes de pasar la verja se detuvo, pensó en que habría de saberlo todo, todo de una vez, pues la carta no bastaba. Recordó que Maya tendría de llegar pronto a la casa del amo y que allí vería él lo que ahora era un incendio en su cabeza. Se apostó tras de

unas parras que cubrían las ventanas del despacho y esperó, esperó media hora, dilatado el pecho, desmesurados y encendidos los ojos como brasas.

Apareció al fin Maya, pensativa, en medio de la sala, y recibíola el señor Manuel sonreído. Le rogó sentarse junto a él.

Maya no movía los ojos, retorciéndose las manos al dar cuenta de su labor.

En tanto, afuera se empinaba Lorenzo desesperado, ansioso, olfateando como un tigre. Cuando oyó que hablaban, acercóse más.

El señor Manuel tenía cogidas las manos de Maya y le hablaba con pausa, dulce la voz:

—Mira, Maya, nunca dejas ese modo para mí, tan hurafío. Bien sé que siempre has pensado mal de lo que te digo, mas, créeme, Maya, yo soy bueno, bueno como los cordeiros que te quieren a tí.

Quiso acercarse más a ella, fervoroso, y la zagala retrocedió, temblando.

El señor Manuel seguía con dulzura:

—Me tienes miedo, Maya, tienes miedo del amo porque piensas que no podría ser tu compañero. Pero, oye, no te asustes. Yo seré para tí como son las riberas para el río, te cuidaré siempre, estaré siempre junto a tí, Maya. Piensas que el amor sólo puede ser entre los iguales, que lo que tú llamas señorito no puede querer a una pastora como tú; piensas que no podrías llegar a mí, y fijate: mira cómo se aprieta a un roble la trepadora, anhelosa y sedienta... Ven a mí así, cúbreme, te daré mi savia!

Maya abrió para él los ojos llenos de mansedumbre, como dos grandes caricias de luz, y parecía menos asustada.

En tanto, Lorenzo afuera se empinaba ansioso, olfateando como un tigre.

—Y has de saberlo, Maya, Isabel era mi novia, la prometida mía, distinguida por su belleza y por su casta. Para mí es como esas flores que tú ves en la ciudad vendiéndose caras, prendidas en lo alto de un estante. Y yo no quiero comprarla, Maya. Yo quiero recoger lo que ha florecido para mí, a mi calor, para que yo lo quiera!

La buena zagala quería hablar y le temblaban los labios. Por fin, animada por la fe que le infundía su amo, dijo titubeando:

—No, señor Manuel, que no diga esas

cosas! Déjeme usted que me vaya con Lorenzo y será grande mi dicha. Yo no creo, señor Manuel, yo no creo... Repare usted que junto a él bebo mi agua; que el amo no bebería como Lorenzo, agachándose en la fuente, con el hueco de la mano, sin trabajo en doblarse. Y vamos así juntos por la vida cómo las alas van en las palomas...

--Maya, dime que eres mía,—dijo con fuerza el señor Manuel.

—Déjeme usted—repuso ella suplicante.

Andaría yo por alcanzarlo como a la flor de su cuento, y Lorenzo está conmigo como están las madreselvas en la rama.

—Créeme, Maya, créeme, sería para tí como la madreselva.

—No,—contestó menos nerviosa la pastorcica. Déjeme usted salirme. Haga que me vaya con lo mío... Que yo no viviera bien subiéndome hasta usted, sino que me estoy contenta de la vida con Lorenzo, metida en él como se mete el hilo de agua que corre



Y hacía pliegues en su ancha enagua de cuadros..

con el hilo de agua que se encuentra... Déjeme el señor Manuel, que Dios se lo ha de ver, por favor!

Dejóla él, rendido, y se puso de codos en la mesa.

Ya la zagala tenía húmedas las pupilas, cuando a tientas, por detrás de ella, abrió la puerta y se escapó, corriendo como una corza.

—Maya!—gritó con toda voz Lorenzo que

salía de las parras a encontrarla. Maya mía, mía!...

Y corrieron los dos abrazados, alegres por el camino, juntos, como van las alas en las palomas, hacia el nido...

**

Escribía esa noche el señor Manuel, hasta muy tarde, en su libro de memorias, re-

posado al parecer. Fumaba, apartando a veces la vista del cuaderno, a veces sonriendo con sereno estoicismo. Bajo su mano parecía vibrar aquel libro de apuntes íntimos que ahora sentía tan de cerca la emoción.

Las páginas estaban escritas con claridad, firme la letra:

«Corazón, corazón mío, serénate. Vamos a urdir un cuento. Un cuento de pastores. Pero no será como el de Maya, pues que haré yo de pastorcico ahora. Tocaré el caramillo en los caminos llevando mi rebaño como el poeta canta en sus versos para llevar sus ensueños.

Será un cuento de pastores, corazón.

Bellamente eglógico; eglógico y triste. Acaso la tristeza, sea su mayor prestigio, la tristeza serena, la suave tristeza que nos estruja un poco el corazón y que nos humedece las pupilas.

Seré yo en el cuento el amor de una alta mujer que quiso quererme, que me quiso porque sí, porque me sorprendió una tarde tañendo mi flauta cuando triscaba mi rebaño.

Seré con ella... Cómo seré con ella, corazón? Como fué Maya conmigo o como quise yo que fuera?

Será una mujer de la Corte, distinguida y bella, enamorada del pobre pastorcico. Yo seré el pastorcillo, sí, y tendré una zagala que me quiera mucho, como Lorenzo a Maya. Haré en el cuento... Qué haré en el cuento, corazón?

Qué haría la paloma cuando se viera amada por un halcón?

Qué haría? Qué haría en cambio, la gota de rocío amada por la fuente? Se iría la paloma bajo el ala del halcón, o brincaría asustada? Temería la gota perderse en la corriente o la buscaría por afinidad?

No divagues, corazón! Tú no sabes que sólo es perfecta la Naturaleza. Los sentimientos, para el hombre, son lo que las garras a la fiera, y Maya no podía verme de otro modo. El instinto es nuestro impulso y por instinto tenemos nuestra impulsividad, nuestro desequilibrio... Tenemos el

prejuicio adherido a nosotros y al cabo, somos tan humanos!

Ah, pero me iba yo por esas honduras de la desigualdad y de... qué sé yo... y mi cuento no tiene plan aun.

Un cuento pastoril y triste. Que haya en él la serena tranquilidad del campo. Que balen los corderos, que el pastor tañía su flauta, que el sol dore los trigales...

Un cuento de pastores...

Maya no puede saber mi mal, no lo sabrá nunca. Daré a su madre bastante para que sea feliz con Lorenzo y velaré por ellos silenciosamente.

Maya era un colibrí, una paloma, y corrió asustada. Pero mi cuento va a ser muy bello.

A la princesa que me quiera pastor, le daré un cariño idílico. Será mi caramillo una sarta de cristales y me oírás siempre.

Pero no tendría pena el pastorcico en la Corte? Qué haría el pobre en esos grandes salones, cohibido y asombrado ante la pompa regia?

Sufriría, sí, sufriría... pero...

Ah! Maya hizo bien... Lorenzo era el hilo de agua que corría y ella el hilo de agua que se encuentra.

Y no sabía la zagala que estaría yo sobre su vida, suavemente, sin hacerle daño, que sería yo como esos coleópteros transparentes que se quedan flotando sobre una flor por la vibración constante de sus alas... sin doblarla.

Pero Maya no podía saberlo, no podía...

Ah, pero el cuento de pastores! Cómo me llena Maya la cabeza!

Sí, serenidad, corazón, serenidad.

«Había una vez un pastorcico...

El señor Manuel, rendido, dobló la frente sobre la mesa, como se dobla una esperanza, y se quedó soñando, soñando con un cuento de pastores.

Rogelio Sotela

San José, Costa Rica. 1919.

Tomado de *Tricolor*, de México.

NOTA. Fernando Best es un gran pintor mexicano que ha triunfado en el mundo. Su arte, noble y amplio, su hermosa concepción de la naturaleza, hacen de él un maestro admirable. *Athenea* saluda en esta ocasión al vigoroso colorista y le rinde el homenaje de su simpatía.

Para *Tricolor*, la gran revista de América, un aplauso por la labor de cultura que ha emprendido. *Athenea* agradece la distinción que se ha hecho en esa bella revista a nuestro compañero Sotela al publicar este cuento en sus páginas.

La agonía de las rosas

Bajo el atardecer, frente al viejo jardín donde aprendí, siendo niño, el sentimiento de las cosas frágiles, mi alma mira la agonía lenta de las rosas, y piensa mi alma que las rosas mueren muy dulcemente, sin esa vulgaridad enloquecedora de los hombres.

Yo conozco mucho ese jardín que las manos de mis abuelos cultivaron cuando en sus corazones florecía el amor, y quién sabe si en las mismas horas crepusculares en que he venido a él para dar a mi espíritu el aliento del perfume, de la suavidad y del silencio, esos abuelitos le dieron muchos besos bajo esos mismos castaños donde yo he soñado muchas cosas. Y quién sabe si ellos, en su afán de llenar la copa de cristal de la vida y del amor, no se apercebieron de esa agonía tan suave de las rosas. Seguramente que ellos mismos en sus idilios apresuraron la muerte de muchísimas flores recién abiertas, y seguramente que, por descuido o por falta de refinamiento espiritual, no llegaron a gustar la dulzura de esa muerte.

¡Ah! Entonces hubieran comprendido, como yo comprendo ahora, qué fastidiosa y qué vulgar es la muerte de los hombres, en un rincón penumbroso y solemne sin ver el cielo, sin sentir una caricia de aire tibio y de perfume que refresque la última congoja de la vida.

Una rosa muy blanca que me recuerda las manos de una novia de la infancia, se está poniendo pálida, tan pálida que da tristeza verla. Ya casi va a morir, porque una flor vecina la está llorando. Allá, hacia la mitad del jardín, están agonizando unas rosas azules... así eran de azules los ojos de otra novia de mi adolescencia. ¡Pobrecitas! Se están poniendo también muy pálidas y en su agonía de dulzura y de paz parece que se interrogan entre sí. Y allá, en el rincón oscuro donde ha muerto el sol, han agonizado y continúan agonizando muchas rosas azules, blancas y rojas. Pero todo en silencio, muy en silencio; sintiendo el dardo invisible de la muerte sin dar un grito, sin desesperación, sin sobresaltos y arrojando por la herida abierta toda la sangre de sus venas: el el perfume.

Así, en silencio, en un silencio que sólo interrumpe de cuando en cuando el balido de una oveja del prado cercano, el murmullo del hilillo de agua y el quejido de una y otra hoja seca que cae. Así...

¡Oh, qué grato es morir así, en el mayor silencio, viendo el cielo, sintiendo la caricia del aire, sin que nadie nos dificulte la muerte! ¡Ah! Si los hombres pudiéramos entregar a la tierra el último aliento de la vida, así como las rosas, ¡qué dulce sería la agonía de los hombres!

Maurice Maeterlinck

Amor complejo

Cielo de nubes grises. Lluvia fría.
En la quietud mortal del camposanto
se mojaron tus ojos con el llanto
que es a un tiempo de duelo y de alegría.

Ebrio de duda y de melancolía,
bajo una fuerte conmoción de espanto,
lloré sobre una tumba,-la que un día
me arrebató un amor que yo amé tanto...

Casi sin sospecharlo, nos unimos
y en un supremo abrazo confundimos
mi carne tibia con tu carne yerta,

y enardecido por la fiebre loca,
aunque puse mis labios en tu boca
le dí todos mis besos a la muerta!

Julián Marchena

1919. Costa Rica

Presentimiento

Fué una fiesta de amor... El cementerio
se alegró con tu risa pecadora;
y en la beatitud de aquella hora
esa risa ascendió como un salterio.

Embriagados de duda y de misterio,
sobre una tumba en donde nadie llora,
vivimos una muerte soñadora
en el fondo de un suave cautiverio.

Después nos alejamos: tú, indecisa,
en los labios la flor de una sonrisa
desmayada tal vez por los excesos;

y yo con la inquietud de que algún día
mi fosa escuchará la letanía
de otro amor que se hará sobre mis huesos!

Manuel Segura

1919. Costa Rica

Prosas Políticas

Misteriosa reivindicación

En ninguna latitud del Planeta, un atentado contra la libertad deja de ser vengado. Si hay crimen que no queda impune, es aquel que se comete contra los pueblos. Mucho cuesta aquello de no oír el clamor del océano rumoroso y terrible de la plebe.—¡Ay! de los que no tuvieron oídos para las voces de la miseria, ni corazón noble para santificarlo con la unción de un elevado ideal. Morirán bajo el filo implacable de la frase bíblica: *el que a hierro mata a hierro muere!*

La tragedia que se ha desarrollado en Costa Rica, debiera hacer enderezar la nave de aquellos hombres que, con capacidad o sin ella, tienen en sus manos el gobierno de un pueblo, y defraudan la libertad de ese pueblo a influjo de la corrupción política imperante, queriéndose quedar en el poder sin el tácito consentimiento de las masas, y con fines meramente dictatoriales. No hay que exponerse al vaivén de las olas, ya sean éstas masas de agua o masas humanas. La traición es siempre mala consejera, y téngase la seguridad de que lo que una tragedia ha empezado, una tragedia concluye.

Costa Rica, antes del desastre actual, era un pueblo feliz, y siempre tuvo gobernantes leales en eso de acatar, de sujetarse al precepto legal. Sin embargo, día hubo en que esa felicidad fué rota. Ambiciones bastardas, olvido de la lógica, transformaciones psicosociológicas, deseos innobles; todo eso que, como vientos salidos de un negro antro, inflaron un día las velas y empujaron la nave del gobierno sin acatamiento al timón, sin observancia de las leyes científicas de la brújula.

.....

Centro América ha visto con horror ese lapso negro de la dictadura de los

Tinoco. Se conculcaron bajo su des-gobierno las más triviales libertades, se hizo callar la prensa y se desmoralizaron los políticos, al extremo de dejar ver aquel doloroso espectáculo de un poder parlamentario, que ya estaba cerca de decretar honores al caballo de aquellos nuevos dictadores, que no se quitaban siquiera las espuelas para penetrar en el sagrado recinto donde, mucho tiempo antes, se dictaban con majestad las leyes.

Nada puede edificar la traición. Nada fecunda es la labor del hombre que, al amparo del poder, llena sus bolsillos con los dineros nacionales, que no son otra cosa que lágrimas de un pueblo, condensadas en valores. De nada sirven—si no es para envanecer la mente y hacer perder el equilibrio moral—las adulaciones cortesanas que circundan el poder como una maldición. En el cuadrante del tiempo una hora necesariamente sonará, y entonces se acabará el dinero, y los amigos faltarán a aquel hombre poderoso ayer, mientras allá, en el negro destierro, éste morirá pobre y miserable, oyendo en el callado silencio de sus noches sin sueño, el eco de su crimen; cercado por su culpa como por una tempestad.

En la tragedia que ha envuelto a los hermanos Tinoco, hay tinta-sombra suficiente para mojar la pluma de Shakeaspeare. En toda ella grita el drama sus voces denunciadoras como un aviso para los hombres. De nada les sirvió el poder; de nada el oro sagrado; de nada aquel gran aparato militar que era como su fuerte; de nada el celo de aquellos guardianes de cárceles que habían resucitado, en plena aurora, la sombra de la edad media. Llegó una hora en que, como observa Max. Nordau, el desquiciamiento de la masa so-

cial, buscando el equilibrio como una ley sociológica, estalló en tempestad produciendo como resultado ineludible: el Drama.

Hoy, ¿qué queda de los hermanos Tinoco? El uno navegando sobre las olas saladas del Atlántico, en busca de una extraña playa hospitalaria, mientras, en la borrosa lejanía, sobre el suelo sagrado de su Patria, su otro hermano, envuelto en la Tragedia, cae manchando con su sangre los adoquines de una calle josefina. Nada pudo detener el viento del desastre, que ya soplaba sobre aquel poder en decadencia. La Justicia necesitaba hacerse un sitio para restablecer su trono, y por lo tanto, en la sombra misteriosa, alguien desconocido, que todo lo teje y desteje, armó un brazo anónimo para vengar la Libertad. No les cupo siquiera el consuelo de ser uno de esos dictadores que han pasado con la púrpura de sus culpas, entre el estupor de los unos y la animadversión de los otros, dejando fragmentos de luz en el camino. Fueron tiranos-sombra. Así pasarán a la Historia; bocetos grotescos trazados por una mano torpe.

* * *

Julio César fué dictador; pero como dice Víctor Hugo, fué un dictador genio. De ahí que la Historia haya consignado en la severidad de sus páginas a la vez que su crimen contra la Libertad, el resplandor de sus hechos inmortales. *Las grandes guerras de África y España; los piratas de Sicilia destruidos; la Civilización introducida en la Galia, en Bretaña, en Germania; toda esa gloria cubre el Rubicón*

En cambio, Bonaparte el 3º, fue un enano que quiso, con el horror de sus hechos, matar la libertad francesa. Esa libertad que refugiada en la conciencia rebelde de un proscrito, debía empujar-

lo más tarde hacia esa sima sangrienta y miserable que fué Sedán. De nada le sirvieron a este advenedizo los votos conquistados por sus genizaros después de la roja jornada de Montmartre; de nada le sirvió la bendición papal, su pomposo título de príncipe, ni sus enormes peculados. Después de aquel su efímero poder, después de aquel agotamiento cortesano, la lógica social lo llevó a ser presa de un ejército semi-bárbaro, que no le perdonó su crimen, y que hasta pulverizó su honor entre las paredes accidentadas de un mortero gigantesco.

La traición empavezó un día la nave de los Ezetas, esos otros dos hermanos que, como los caídos de ahora, habían edificado su reinado sobre la arena movediza y cambiante del Delito. El destino, que no olvida las faltas humanas, tuvo presente que estos hermanos gemelos de la noche, habían apuñaleado la Libertad; y fué sin duda por eso que, cuando más enamorados estaban de aquel poder salvadoreño, que ellos creían era su pedestal de Gloria, el soplo indignado de las multitudes los arrojó a las playas del destierro, donde, después de derrochar el dinero que habían extraído de las arcas nacionales, murieron miserables, pálidos del miedo de la muerte, calentados por el mísero jergón de un hospital.

* * *

Los hombres no debieran olvidar las enseñanzas de la Historia. Y puesto que la traición es una miseria que solloza en la sombra, debieran, antes que cometerla, quemar sus propias manos; aptas solamente para el Delito. Así se harían justicia a sí mismos, evitando la indignación del historiador.

HUGO VIAL.

1919.

Pensés tristes

Continuación. (Ver el número 6,
tomo III del 1.º de octubre de 1919)

Escrito para "Athenea"

Des ifs, des cyprès et des saules se penchent gracieusement sous le dais bleu de l'infini pour abriter vos mausolées et les envelopper d'ombre aromatique et de silence; sous la jonchée des fleurs et sous la douce verdure des grands sapins et des troènes aux grappes immaculées, la tristesse de vos pierres tombales disparaît; cependant qu'attiédís par le pâle soleil où le printemps déjà palpité et caressés d'effluves embaumés, sont alignés, comme en une crèche, dans un jardin de cinéraires pourprées et de pivoines sanglantes, les derniers berceaux enjolivés de perles blanches et bleues des petits enfants.

Que j'aimerais à m'attarder et à rêver près de vous, chers disparus, par un de ces matins où le printemps en fleurs enveloppe les cimetières de parfums composés; quand les iris mauves sont couverts d'abeilles travailleuses bourdonnant dans le silence et chantant au seuil de chaque corolle embaumée; aussi, sur les bourgeons qui se déplient et les fleurs qui naissent; par un de ces matins où l'on entend pépier les moineaux familiers parmi les fusseaux effilés des conifères funèbres aux frondaisons toujours émeraúdínes et dans l'échevellement des saules - pleureurs.

Que j'aimerais à rêver près de vous par une de ces douces nuits lunaires et voilées qui ont une vague odeur de sève, de terre ameublie, de charmillé humide et de vernalion; par un de ces beaux soirs calmes où l'on perçoit, dans le lointain, les soupirs mourants des vents étésiens.

Si je n'étais libéré d'emprise mystique, presque je croirais que le murmure des insectes est votre litanie sainte, et, qu'effleuré d'un peu de votre souffle, je dois évoquer les antiques légendes qui disent que les oiseaux des cimetières sont des âmes échappées des cieus!

- «Que de fois l'on me vit, dans les gazons épais
- «Me mouvoir, seul et grave autour des cimetières,
- «Enviant tous ces morts, qui dans leurs lits de pierres,
- «Un jour s'élaient couchés pour n'en sortir jamais!

Dans les coins dédaignés des grandes cités mortuaires, au delà des amoncellements fleuris et des verroteries neuves, la mort suprême niveleuse est entourée de calme et de discrétion. Que de tombes lavées par l'averse, de bouquets jaunissants, de couronnes de perles désenfilées et rongées de rouille, de dalles verdies et fendues, de grilles abattues, de monuments décrépités sur lesquels des bustes pleins de macules regardent fixement le vide infini! Que de tombes où, sous la mousse et parmi les ronces, éclatent brusquement des noms épiques et fameux qui sonnèrent dans l'histoire et retentissent éloquemment dans le passé! Le temps, inexorable, a émoussé chez les proches l'acuité du souvenir et atténué chez tous la gratitude des bienfaits reçus!



Et vous, infortunés compatriotes qui succombâtes, dispersés comme des épaves, sur des rives lointaines, alors que peut-être votre imagination enfantait des chimères, des rêves d'or qui vous ont délaissés; vous, dont les tumuli en friche alarment les vivants qui appréhendent déjà de mourir deux fois; vous, dont le souvenir fait encore couler des larmes, tout là-bas, dans plus d'une famille inconsolée; vous, qui dormez dans un linceul de sable recouvert d'herbes folles agonisant parfois sous les traits de feu d'un soleil ardent et les caresses perfides de la brise-marine, au milieu d'inconnus à qui l'on prodigue les fleurs nouvellement écloses; à vous, dont la vie agitée fut toute d'amertume et de désillusions, de détresse matérielle et morale, va la pitié infinie du philosophe haïté de tristes visions qui estime surtout les vaincus de la vie que la mort opprime encore!

Rien n'est plus navrant que la désolation des tombes abandonnées! Toutes méritent, ô passant, l'aumône d'une de tes pensées!



Dans l'immense charnier des Catacombes les ossements de plusieurs millions de morts anonymes sont conservés en monceaux; fémurs, tibias et crânes édentés; charpentes disjointes de corps embaumés de grands Seigneurs, ou de corps usés de manants disséqués par les Anatomistes et que l'incinération seule, eût gardés de l'inévitable profanation des siècles, des regards indécents des vivants qui se refusent à discerner l'horrible squelette sous les modelages de chair.

De ce qui fut beauté, grâces, talents et intelligence, de machines merveilleusement compliquées, il ne subsiste maintenant que de misérables déchets: de la chaux et du phosphore, comme s'il s'agissait de vulgaires ossatures d'animaux inférieurs!

Puissants de la Terre et gens de pègre; oiselles de qualité et maritornes; courtisanes prétentieuses et vulgaires filles de joie; êtres herminiques et pêcheurs endurcis; créatures calamiteuses et athlètes adonisés; hommes affétés, parvenus ostentatoires, vieilles coquettes, roquentins, loustics, gentillâtres, sots renforcés, pédants, fats et autres «snobs» irresponsables, vos tristes restes, aujourd'hui mélangés, nous démontrent qu'il n'y a d'égalité, ici-bas, que dans la Création et dans la Mort! Vous ne fûtes, de votre vivant, que la synthèse des générations antérieures. Et ce fut vanité de votre part de mentir à vous-mêmes et aux autres, en considérant comme votre intelligence, votre caractère, votre personnalité, ce qui n'était, en somme, que le produit d'innombrables hérédités. Car l'homme n'a rien en propre: ce sont les morts qui revivent en lui!

Puis, des pitiés nous viennent en pensant aux infortunés qui se trouvèrent un jour aux prises avec l'implacable ennemie qu'est la Mer, sinon victimes d'une humaine défaillance, d'une négligence coupable et toujours impunie. Tous passèrent subitement de l'indolente quiétude aux angoisses de l'engloutissement inévitable, dans ces minutes d'affolement où l'instinct de la conservation a vite

fait de ramener l'homme civilisé à l'animalité primitive; acteurs d'un drame lugubre dont les épisodes révèlent toujours des tares et des instincts ancestraux jusqu'alors insoupçonnés.

Pauvres corps de tous âges, boursoufflés, ballotés par les eaux et déchiquetés par les monstres marins, visages endormis aux lèvres souillées d'écume, dépouilles pitoyables rejetées sur les côtes et rendues méconnaissables après avoir subi d'horribles mutilations sous l'assaut des vagues déferlant sur les aiguilles des récifs.

«Quelle triste fin fut la vôtre!

* * *

Sur le versant d'une colline tapissée de menthes, à l'orée d'une altièrre futaie aux aromes sylvestres où chaque saison sème des corolles odoriférantes; parmi l'herbe vivace et touffue, surgissent de minuscules pierres funéraires d'une simplicité touchante. Quelques croix branlantes de bois noir, hideuses avec leurs grosses larmes peintes en blanc et délavées par les pluies, sont diversement inclinées; les noms qu'elles révèlent sont inconnus et la date de l'hécatombe éloignée. D'entourages, point! c'est bien là le champ de funérailles et de sang que la désolation, après la gloire, marqua indélébilement de son scel.

«Vaste clamart où tous les trépassés,

«Gisent en paix, l'un sur l'autre entassés.

Qu'il nous a semblé grandiose, dans sa simplicité, le cimetière des soldats français tombés en terre étrangère; le «Campo Santo» de ces hommes jeunes et forts dont l'ultime pensée, avant de dire un suprême adieu aux choses d'ici bas, fut pour le pays natal; fosse anonyme commune, remplie d'ossements glorieux à qui furent refusés le tombeau des aïeux et la terre de la Patrie!

* * *

En deça de la frontière, là où le canon hurla, où le sol fut bouleversé, scalpé, trépané par les obus, le pur soleil promène maintenant des rayons désarmés, souriants et doux.

Les tombes alignées de soldats forment à cet endroit une chaîne de remembrances; humbles sépultures, tertres de douleur bosselant encore la longue bande de terre que le sang de héros français, anglais, italiens, belges, portugais et américains empourpra et libéra. La frêle rangée des croix de branchages dressées des Vosges à la mer, portant en sautoir des couronnes de feuilles sèches et où pendent encore des képis et des bouquets rustiques pourris par la pluie, monte, contre l'envahisseur, la grand'garde des âmes! Aux survivants qui conservent au fond d'eux-mêmes cette quintessence de religion qui s'appelle le culte des morts, elle suggère, avec la pitié du souvenir, le devoir de calmer les désespoirs innombrables des mères, des fiancées, des fils et des épouses dont les aimés tombèrent à la fin du jour, leur tâche remplie, enveloppés dans un linceul de gloire, ou bien frappés presque au départ, quand le soleil se levait à peine

sur la route de leur vie; dépouilles de braves qui dorment leur sommeil d'éternité sous les arbres que chaque printemps verdira et encadrera d'une riche floraison tricolore de bleuets, de marguerites et de coquelicots.

Aucun monument ambitieux ne profane la pieuse simplicité de ce lieu de repos! Une stèle couverte de noms y matérialise un grand fait d'armes, alors que l'âme de tout un peuple y plane et l'emplit de recueillement.

Quoi qu'il advienne, on aimera toujours à se souvenir, au bord de ces tombes, de ce qu'on doit aux valeureux soldats qui y sont descendus!



Culte, respect, souvenir; nous devons tout cela à ceux qui nous ont précédés dans le tombeau, emportés vers un horizon nébuleux qui jamais ne s'éclaircira; visages connus, amis souvent, dont la disparition a produit une douloureuse lacune dans la pensée de ceux qui survivent et en ont gardé l'accoutumance; ennemis parfois, dont les cadavres qui connaissent à peine le repos, après s'être débarrassés de leur vêtue de chair dans la fétidité des fosses, se coudoient maintenant, intimes et pacifiques, sous l'herbe verte.

Saluons d'un souvenir ému toutes ces tombes, prisons finales de très pauvres corps dont la dissolution élabore d'autres vies également passagères et périssables; ces tombes dans lesquelles des Humains qui ont vécu, travaillé et lutté, dorment d'un dernier sommeil après nous avoir donné le signal de l'ultime exode.

Que la paix et la félicité dont ils jouissent nous attire! Ce sera, sur nos jours qui s'en vont à la dérive de l'inconnu, la sérénité suprême, et, pour les fatigues, les douleurs et les misères que chaque jour amène, le meilleur soutien.

Combien on est plus fort à regarder droit dans la nuit sans étoiles et sans lune où l'on devra entrer un jour!

PAUL SERRE DEL SAGUÉS

La ventana romántica

Es en la bien sabida ciudad colonial: León! Flotan sobre templos y catedrales añoranzas de tiempos castellanos.... Las campanas doblan las ocho.

Voy de visita.

Es una familia de abuela, madre e hija.

La abuelita, en su sillón de cuero por el tiempo lustroso - el espaldar adornado con antiguas tachuelas de metal - acaba de encomendar a los muertos, y en sus dedos aún está la

señal de la cruz. En el centro de la sala una señora lee un libro. Empieza a columbrar la vejez. Se inician las canas en la cabellera negra. Tiene una viudez austera y una noble melancolía. ¿Y la hija? Un poco pálida, un poco soñadora.

Entro, saludo y digo mi nombre. Habla la viejecita que me conoció de niño. Ahora ¡quién le hubiera dicho que ya soy todo un hombre!... Tiene la anciana un modo de hablar cortado y cariñoso; y como si fueran padre-

nuestros, diríase que al deslizar los dedos por las cuentas del rosario, su boca parece que va rezando los recuerdos.... ¡Oh los recuerdos, cómo tiemblan entre la voz de la viejecitas! Meten la mano al corazón, y para hablar de las brasas antiguas, nos muestran las cenizas de un rescoldo inmortal!

La dama que lee, es bondadosa, es señorial. Tiene una mano de marquesa provinciana. En la casa materna su retrato me era familiar. Lo miraba mucho cuando niño. Era un ferrotipo. Ella estaba joven, estaba seria y hermosa; era el día de bodas.... Con el velo, con los azahares.... y a su lado un caballero bien parecido y galán.

Soy presentado a la hija. Se llama Bernarda. Y tiene un no sé qué de arcangélico: rostro fino, oval, la barbilla con un hoyuelo, los ojos de mística, de santa. Tal una Santa Teresa de dieciocho años. Un poco hurraña, entra luego en confianza.

Converso y ella me oye. La miro, y al mirarla me deja de mirar. ¡Tiene un modo de bajar los ojos.... y un modo de coger el pañuelo cuando se turba!

Mientras tanto, como quedo mirando hacia la calle, la ventana con rejas me hace soñar. Cuán vieja será esta casa! Más de un siglo sin duda! ¡Cuántas veces el idilio habrá sido allí a hurtadillas, un poema de instantes!.... Mientras el aya regañona se descuidaba, o la vigilancia maternal daba una tregua para ir a rezar la novena en el oratorio familiar, bocas jóvenes y azoradas llegaban a esa reja a dar un aviso o un beso!.... Pasan las generaciones, y siempre las jóvenes buscan la ventana. A medida que se hacen viejas se van retirando y ocupan un sillón en la sala.... ¡Cuántas cosas sabrán los barrotes de esa ventana arcaica! ¡Cuántas cosas, que fueron divinas a su tiempo!

Y como miro con frecuencia al través de la ventana, me pregunta la madre: ¿Como que espera que pase alguien?

-Oh, no señora! Perdone mi distracción. Pensaba.... pensaba, en esa romántica ventana contra cuyos hierros quién sabe cuántos corazones han palpitado....

La abuelita se incorpora, como una persona dormida, que despierta; alza los ojos hacia la ventana y se queda alelada la viejecita.... ¿Qué frescura será la de las cosas que recuerda, que se animan sus pupilas y sonrío su boca como al conjuro de una primavera interior? La madre mira también hacia la ventana, y después, como atando recuerdos, mira a Bernarda. Por último alza los ojos al retrato pintado al óleo que cuelga de la pared, retrato de un caballero bien parecido y galán.... Yo miro a Bernarda.... Bernarda baja los ojos negros y empieza a deshilar la marca de su pañuelo.

Sigue la conversación. Le ofrezco enviar a la abuelita una reliquia católica que guardo de la mía, gran amiga suya allá por el año 60; y a Bernarda, semillas de una planta que no conoce y que es muy linda.

Enseguida me despido y salgo a la calle.

Bernarda se acerca a la ventana, y al pasar junto a ella, en la acera, me dice en alta voz: - Cuidado se le olvidan las semillas!.... - Y como se agarra a los barrotes y se ha puesto trémula, se le cae el pañuelo. Yo lo recojo.

-Cuenta usted con ellas. No me olvidaré!.... Y al decir esto le devuelvo su pañuelo, y como siento que su mano tiembla, le doy un beso sobre la punta de los dedos....

Son las diez de la noche. Las calles empiezan a estar desiertas. En las sombras de las medias cuerdas veo fantasmas de otro tiempo; yo me siento, como ellos, con una espada para el rival y una mandolina para la niña que más adoro. Tal vez Bernarda!

Oh, la viejecita de los cabellos blancos! Oh, la señora de los cabellos grises! Oh, la niña de la cabellera bru-

na!... Si os contarais vuestras historias, sin citar nombres, acaso sería la misma historia la de todas vosotras, y una misma figura la que, en bien

separadas épocas, pasó por la ventana para dejaros en la mano un beso que se subió para siempre al corazón!

Juan Ramón Avilés

Una poetisa costarricense

Beso póstumo

El día de los muertos visité el camposanto: quise mirar la tumba que guarda los despojos de mi llorado padre; pero un raudal de llanto oscureció mi espíritu y oscureció mis ojos...

Doblegada y vencida por el hondo quebranto, palpé los fríos mármoles y me postré de hinojos, bajo la tarde incierta de un pálido amaranto, sobre el suelo erizado de punzantes abrojos.

—Escúchame, buen padre!, lloré con desconsuelo; y al acercarme al lecho con aparente calma, una flor de la tumba, que era una flor de duelo, acarició mi frente como el beso de una alma...!

Nov. de 1919.

Rosario Luna

En Rosario Luna se esconde una joven poetisa, cuyos versos hablan mucho de la emotividad de su espíritu. Las estrofas anteriores, a pesar de que están inspiradas en un tema que han tratado versificadores y prosistas de todos los tiempos, revelarán la originalidad de la colaboradora a quien «una flor de duelo acaricia la frente como el beso de una alma...»

Bajo la mascarilla del pseudónimo, ¿no os evoca la coquetería nerviosa de una danzarina que ha llegado de incógnita al salón? ¿Quién es ella?

Notas

De los canjes

CUASIMODO.—Es esta una importante revista, que procura agitar las más grandes ideas que vuelan en el mundo. De admirable presentación; rubricada por firmas de gran reputación; preocupada por un alto ideal de acercamiento espiritual entre los hombres de América, está llamada a ser una publicación de una incalculable influencia.

La recomendamos a todos los ami-

gos del pensamiento serio, porque en esta publicación hay un afán de remover ideas, en la política, el arte, la ciencia, la literatura.

Tiene para nosotros los costarricenses un valor espiritual: en ella colabora y trabaja, con un valor respaldado en una prosa nerviosa y descarnada, nuestro amigo don Julio R. Barcos, el maestro de escuela que nos dejara pensamientos elevados en la jornada de junio.

Enrique Hine

Ha llegado a San José, después de una larga permanencia en Nueva York, este maravilloso caricaturista que se hizo admirar en la gran metrópoli.

Enrique Hine es algo que Costa Rica enseña con orgullo y con cariño; porque todo en él es admirable.

Genial cuando quiebra su humor en líneas; genial cuando el verso salta de su gracia como una abeja nibia, genial cuando se ríe de él mismo en las tablas; genial y admirable él en todo, pues tiene en sí todos los poderes de emoción.

ATHENEA saluda al lineador inimitable y espera que pronto vendrán a estas páginas sus admirables creaciones para que Costa Rica aplauda de nuevo a su mimado artista.

Muere la Patti

Ha muerto recientemente la diva universal, Adelina Patti; la cantante egregia que vió el mundo a sus pies en un gesto de suprema admiración.

Se va del escenario de la vida a los 76 años de edad, después de haber saboreado todas las mieles y todos los acíbares del mundo.

Su último gesto trágico fue éste y aún para este *rol* supremo, la gloriosa actriz parece que estuvo admirable. Deja varios millones de dólares, deja una vida de amor y de ensueño bien dada y bien vivida, y deja por fin el armonioso recuerdo de su voz que vibrará siempre sobre la tierra y la brillante estela que vieron los hombres en su juventud triunfal.

Fiestas

En la residencia de don Alberto Quesada se verificó un baile en la noche del once de octubre anterior, que se prolongó hasta la madrugada; asistieron numerosas damas y caballeros de nuestra sociedad. El programa fué selecto; y alternativamente se improvisaron números de canto y de poesía que

deleitaron a los festejantes, resultando brillantísima esa noche de jolgorio.

La amabilidad de los dueños de casa se patentizó en la fiesta, y debemos felicitarlos cordialmente.

—También celebraron otro baile en casa de don Samuel Maduro, en la tarde del doce de octubre próximo pasado; la alegría aclaraba aquellas cabecitas inmaduras que concurrieron a la fiesta... Fué un concurso de bellezas griegas.

—En la misma noche el Club de Sports «La Libertad», celebró otra fiesta en sus salones.

—En la noche de esa misma fecha, el Centro Español celebró la fiesta de la Raza con una velada a la que asistieron más de mil personas. El acto finalizó con un baile que se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada, y en el cual tomaron parte como trescientas parejas en magnífica verbera.

El carácter de estas notas no nos permite extendernos en una crónica detallada; pero sí para anotar que los números del acto tuvieron ruidoso éxito.

Todas estas fiestas lo fueron de elegancia y de alegría.

Necrológicas

A mediados de octubre último, murió la distinguida y culta dama de la sociedad alajuelense, señora Hannia de Otoy. Trágicamente la sorprendió la muerte, despojándola de su juventud y de aquellos azahares que aún nevaban en su frente de novia. Nuestro pésame para sus familiares, y en especial para don Oscar Otoy, su doliente esposo, y para nuestro querido y viejo amigo, don Justo A. Facio.

Athenea

se vende en las Librerías de
Tormo y Trejos

CARPINTERIA
EBANISTERIA

100 v. al Sur del
Parque Morazán

Fábrica
de marcos
y repisas
Ultimos estilos

Enrique Gómez C.

San José
Costa Rica

JOSE MARIN

Agente de

“Athenea” - “Lecturas”

“Reproducción”

“Repertorio Americano”

Apartado 150 - San José, C. R.

CERVEZAS, MALTA,
KOLA Y LIMONADA

TRAUBE

MEDALLA DE ORO EN LA
EXPOSICION NACIONAL

La fábrica mejor
acondicionada
= = del país = =

HAGA SUS PEDIDOS A
TRAUBE

¡SEÑORITAS, CABALLEROS!

La tienda que más barato vende
y que mejores artículos recibe

LA ELEGANCIA

de JORGE CASTRO G.

===== AVENIDA CENTRAL =====

FABRICA NACIONAL

DE TEJIDOS, JABONES, etc.

EL LABERINTO

Lo fabricado en esta casa :: ::
:: :: no puede envidiar nada
a lo hecho en el exterior :: ::

Entérese usted

APARTADO 105 SAN JOSÉ TELEFONO 254

Jabón, Tejas, Driles

Depósito permanente del afamado

QUESO PINTO

LA GRAN VIA

LA LONJA

—≡ SAUMA & CASTRO ≡—

Surtido completo de abarrotes y artículos del país
Ventas sólo por mayor - Frente al lado Norte del Mercado

TELEFONO N° 756. - SAN JOSE. - APARTADO N° 523

SIEMPRE LLEGAN NOVEDADES A

LA TIENDA ROMERO DE GONZALEZ HERMANOS

Acaban de llegar medias de lana negras, lisas, para señoras

ALMACEN DE GRANOS

TOMAS FERNANDEZ & Hno.

Surtido completo en productos del país
y abarrotes en general

Apartado 614 - Teléfono 198 - San José - Costa Rica

W. R. GRACE & Co.

— SAN FRANCISCO —

NEW YORK = NEW ORLEANS

IMPORTADORES * EXPORTADORES

AGENCIAS

Nicaragua
Ecuador
China
Italia
Japón
Salvador
Argentina

Venezuela
Jamaica
India
Cuba
Brasil
Panamá
Colombia

Puerto Rico
España
Suecia
Perú
Chile
Bolivia
Guatemala

GRACE BROS & C^o LTD.

LONDON & LIVERPOOL

SAN JOSE = PASAJE CENTRAL

Agencia: W. R. Grace & C^o

San José = Costa Rica

— TELEFONO 796 —

CIGARRERIA MODERNA

Surtido completo y constante
de las mejores marcas
de Tabacos y Cigarrillos de
todo el mundo

AGENCIA ESPECIAL DE LAS MARCAS

SERENE

CHIEF

CAMEL

Siempre de la mejor calidad
- - ofrecemos al público - -

MANUFACTURERS LIFE INSURANCE Co.

TORONTO, CANADA

SEGUROS DE VIDA

PLANES ESPECIALES MUY CONVENIENTES

SOLICITE INFORMES DE SUS AGENTES Y BANQUEROS PARA COSTA RICA

PIZA E HIJOS